

27/4/60

EL LABERINTO Y EL HILO

Brasilia y la planificación

Por Sebastián SALAZAR BONDY

Uno de los aspectos más importantes de Brasilia, la nueva capital del Brasil, aparte de su condición de fruto concreto de una pujanza nacional que resulta símbolo de tanta esperanza como la humanidad libró al Nuevo Mundo, y aparte también de su significación como prueba máxima de la excelencia de la arquitectura del país vecino, es su carácter de obra planificada. No es la nueva ciudad un brote azaroso, un producto del llamado libre juego de las fuerzas económicas. Es, por el contrario, la manifestación de una voluntad definida de conducir el proceso general del Brasil por los cauces que la inteligencia y el cálculo del hombre creen los más propios y los más benéficos para su comunidad. Precisamente, los ataques que el proyecto, primero, y la obra, después, recibieron de parte de escépticos o malintencionados se sustentaron en los principios de que de la actitud expectante del Estado provienen, por el simple imperio de los hechos, las creaciones de colectivas, la valoración de una zona geográfica, el auge de las sociedades o su decadencia. Sin embargo, el plan, la planificación, se llevó a cabo, y la inauguración de la ciudad —como quien inaugura un camino, un acueducto, una cosa pública cualquiera— es sólo el primer paso de una ambición que trasciende la anécdota de establecer en un lugar considerado inhóspito los cimientos de un verdadero centro de gobierno que irradie provecho ahí donde hace falta.

Pensada como nudo de enlace entre las vastas latitudes del Brasil, la nueva capital se sitúa en el corazón de aquel país amplio y vital. Es un acontecimiento típico del siglo XX, un acontecimiento que la historia y la sociología de mañana mirarán como un milagro, milagro en el que no hubo, además, ayuda externa y que no sirvió para llevar molino al agua de ninguna clase de mercader de ideas. La mente humana decide colocar la habitación de quienes administran una nación y situar así la cabeza de un pueblo en el corazón del territorio que esa nación y ese pueblo ocupan. La imagen vegetal que antes definía a los núcleos urbanos, basándose en que ellos emanaban como árboles o plantas silvestres, cerca del agua, sí, pero un tanto inopinadamente, resulta en Brasilia refutada. Corresponde ahora elaborar una nueva metáfora. Tal vez sea justa la que relacione a la clase de ciudad cuyo primer ejemplo es Brasilia con la de la autoridad que se ubica en el punto desde el que la perspectiva abarca toda la jurisdicción por ordenar, por regir, por hacer progresar. Es decir, con la del planificador que piensa en el futuro y gestiona que él se cumpla de la mejor manera.

No podía ser de otro modo. No habrá, por ello, liberal a la manera de los que se dan entre nosotros, que se atreven a sentenciar a su gusto la imposibilidad de ejercer un control de la vida socio-económica de un país, que sostenga que Brasilia es una muestra de la mala calidad que como administrador tiene el estado. Esta afirmación —una de las muletillas de los "manchesterianos" criollos— se estrella contra esa realidad tangible, neta, firme, que es la nueva sede del gobierno brasileño. Y eso no tanto porque su arquitectura es la mejor del mundo, la más bella y, además, la más adecuada funcionalmente a las necesidades de quienes van a ocupar oficinas e instalaciones, sino porque se proponen nuestros vecinos, tal como expresamente lo afirman, hacer de ese eje "el núcleo de enriquecimiento político y social del país, por la multiplicación de los contactos entre todas las poblaciones nacionales, por la creación de nuevas fuentes de riqueza, por la expansión del trabajo constructivo y de la cooperación general, y sobre todo por la ampliación del poder de los mercados para nuevas industrias". En una palabra, por planificar desde el más insignificante detalle.

Y no se ha perdido en el Brasil la libertad. Allí se planifica dentro de la libertad, como quería Mannheim, sin menoscabar los derechos de nadie, pero sin dejar tampoco todo en manos de los más poderosos y más egoístas. Esta, y las anteriores, son lecciones que da Brasilia a quienes todavía tenemos que oír el desusado disco del liberalismo comprometiendo el porvenir de la patria.